

Por el cuello ase al otro ó por los brazos ;
De sangre al suelo riega ,
Y de miembros y cuerpos en pedazos
El ancho foso, hasta los bordes, ciega.

Miéntas en lo hondo de este abismo horrendo
Los bárbaros cayendo ,
Buscan con nuevo afan nuevas escalas
Por trepar al segundo parapeto ,
El rey de Argel, cual si sutiles alas
Llevara en vez del espaldar y el peto ,
Veloz del foso al otro lado salta ;
Con sangre del frances el suelo esmalta ,
Ruina sembrando y destruccion. No hay cota
Que el golpe al pecho dirigido tuerza ,
Ántes, cual vidrio rota ,
Salta al sentir su incontrastable fuerza.

Bajo el cieno del foso acumuladas
Por Cárlos, ántes del asalto, fueron
Estopas y faginas embreadas ,
Odrés de aceite, azufre, de salitre
Y de otras mil materias inflamables ,
Que un horrendo castigo
Reservaban de Dios al enemigo.

En tanto que este por hallar salida
Y por subir al muro se esforzaba ,
La llama, por mil partes encendida ,
En una sola al cielo se elevaba ,
Y, el sol oscureciendo ,
Sepultaba á Paris en caos horrendo.

A su rugir continuo y espantoso
Se mezclaba la horrisona armonía
De la misera gente, que en el foso ,
Por culpa de su jefe, perecia.
Gritos, clamores, llanto ,
Estrago, horror, desolacion y muerte
Do quier el alma estremecida advierte.

Mas tiempo es ya de respirar un tanto ,
Aquí poniendo término á este canto.

CANTO XV.

Prosigue el asalto. — Primeros viajes de Astolfo. — Dale Logistila una trompa prodigiosa y el libro que enseña el modo de destruir todo encanto. — Elogio de Cárlos V y de sus capitanes. — Astolfo prende á Caligorante y mata á Orrilo. — Encuentra á Aquilante y á Grifon, y dispónese á ir con ellos á visitar los Santos Lugares. — Grifon recibe noticias de la infidelidad de Origile.

Noble es siempre el vencer, ya que al ingenio
O á la fortuna el triunfo se atribuya ,
Bien que la sangre empañe la victoria
Y el mérito del jefe disminuya.

Al colmo de la gloria
Aquel llegará solo que, la sangre
No prodigando de la gente suya,
Al enemigo ejército destruya.

Este alto honor, señor, vos merecisteis
Cuando al leon vencisteis
Que, terrible en la mar, con sus galeras
Del Po las dos riberas,
Desde Ferrara á Francolin, cubria.

Su rugido feroz ya no me aterra ;
Que á nuestro frente, oh príncipe, os advierto,
A vos por quien fué muerto
Nuestro enemigo y libre nuestra tierra.

En su daño obstinándose el pagano,
No sabe obrar así. Su impetu insano
Con la misera gente que derriba,
La intensidad aviva
Del incendio horroroso

Que, solo tanto cuerpo calcinando,
Cabida á todos dar pudo en el foso.

Once mil y veinte y ocho sarracenos
Hallaron muerte en sus ardientes senos ,
Miéntas su jefe altivo y temerario ,
Causa de tanta y tanta desventura ,

Veloz saltando al campo del contrario,
Todo riesgo, impertérrito, conjura.

Desde lo alto del muro

Los fieros ojos Rodomonte vuelve.

Al ver el humo oscuro

Que en densa niebla el firmamento envuelve,

Y quejas y clamores escuchando,

Alza la voz, rugiendo y blasfemando.

Mientras este ataque el rey de Sarza daba,
Agramante una puerta

Que ver pensaba, al presentarse, abierta,

Con hueste acometió cuantiosa y brava.

Van con él Bampirago, y Balinverno,

Y Corino y Prusjon, rico monarca

De las felices islas

Que el mar que baña al tingitano abarca,

Y Malbuferso, rey de la comarca

De eterna primavera. De estas gentes

Marchan otras detras; unas valientes,

Otras sin armas ni valor, desnudos

Los pechos que no armaran mil escudos.

Mas engañóse el musulman. Cercado

Cárlos de sus caudillos aguerridos,

Aquel sitio defiende. A su costado

Van Salomon, Avolio, Oger, dos Guidos,

Berenguer, Ganalon, Oton, Avino,

Y el duque de Baviera y Angelino.

De jóvenes gallardos,

Tudescos y franceses y lombardos,

Llega en seguida multitud inmensa,

De su Dios y su rey por la defensa

Dispuesta à combatir; mas, de mi canto

Volver los ecos mi inconstancia piensa

Hácia el britano duque, que entretanto

Su existencia en el ocio consumia

Y de volver al patrio suelo ardia

En ansiosa inquietud. Presto la maga,

Que de Alcina triunfó, de Astolfo el tedio

Advierte y à su llaga

Quiere bondosa administrar remedio.

Una galera apresta, y temerosa

De que à turbar su viaje venga Alcina,

Con grande armada ordena à Sofrosina

Y à Andrónica que à Astolfo

Hasta el Pérsico golfo

Conduzcan; y, al guerrero aconsejando

Huya del mar del Norte el viento infando,

Le encarga que se aleje de la tierra

De do el sol varios meses se destierra,

Y que, de Escitia la remota playa

Mas bien doblando, sin temer rodeos,

A las de Persia ó las de Eritrea vaya.

Dispuesto el viaje, pártese el mancebo;

Y, à fin de que ceder à encanto nuevo

Desde hoy no pueda, un libro en que se explica

Como su influjo contrastarse debe,

Le entrega Logistila, y le suplica

Que al lado siempre por su amor lo lleve.

Otro regalo de mayor valía

Con él la maga al paladin confia.

Este es un cuerno, cuyo atroz sonido

Terrible mas que el huracan, el Noto,

El trueno ó el rugiente terremoto,

Al mas osado priva de sentido.

Por tan precioso don à Logistila

Rendidas gracias tributando el duque,

El puerto deja y la mansion tranquila,

De donde en la alta mar se lanza el buque.

Dejando à diestra y à siniestra mano

Islas sin cuento y populosas villas,

De Tomas à la tierra Astolfo llega,

Do hácia el Norte el piloto se repliega.

Tocando casi al áureo Quersoneso,

Hiende la espuma la soberbia flota,

Siguiendo siempre la opulenta orilla

Do, lanzándose al mar, el Ganges brilla.

De Taprobana luego
 Y de Coromandel las playas nota.
 De allí, tras largo viaje, á Cochinchina
 Y hácia Europa á la postre se encamina.
 El héroe en tanto á Andrónica pregunta
 Si de los reinos donde el sol despunta,
 Hasta los mares do su luz se esconde,
 Llegó nave jamas; y si se puede
 De Francia ó de Inglaterra
 Venir á la India, sin tocar en tierra.
 « Has de saber, » Andrónica responde,
 « Que en su recinto el mar al orbe encierra
 « Y que del polo al ecuador ardiente
 « Sus olas van girando eternamente;
 « Mas, al ver cual del África en el seno
 « Se avanza al Sur la Etiopia, afirma alguno
 « Que acaba allí el imperio de Neptuno.
 « Por eso de los reinos de Levante
 « Jamas vela hácia Europa se despliega;
 « Por eso de la Europa el navegante
 « Desde su mar al indico no llega.
 « Esa region inmensa
 « Unida ver á otro hemisferio piensa,
 « Y, perdiendo al mirarla su esperanza,
 « A sus lares retorna sin tardanza.
 « Mas, volviendo los años, partir veo
 « Del confin europeo
 « Nuevos Tifis, y abrir con valentia
 « La senda ignota hasta el presente dia.
 « El África doblar á otros advierto;
 « Seguir su costa y traspasar el signo
 « Donde entra el sol, tornando á nos benigno
 « Cuando de Capricornio se despide;
 « Y hallar tras largo afan, hallar les veo
 « El cabo que dos piélagos divide;
 « Y desde allí correr playas diversas
 « É ínsulas indias, árabes y persas.
 « Del escollo fecundo

« Que la hercúlea pujanza separara,
 « Salir á algunos miro
 « Y nueva tierra hallar y nuevo mundo,
 « Del astro de la luz siguiendo el giro.
 « La santa cruz y la imperial bandera,
 « Sobre verde ribera
 « Alzada allá, con majestad tremola;
 « Y á la gente española
 « Miro, parte que guarda sus bajeles,
 « Parte que vuela en busca de laureles.
 « Por un puñado de hombres, destruidos
 « A mil y mil de sus contrarios noto,
 « Y vastos reinos de pais remoto
 « A las leyes de Carlos sometidos.
 « Ignoto hasta hoy, é ignoto
 « Por seis siglos ó siete,
 « Aqueste derrotero todavía
 « Ha de ser, hasta el dia
 « En que todo mortal la ley respete
 « Del mas prudente principe y mas justo
 « Que ha sido ni será despues de Augusto.
 « De sangre de Austria y de Aragon ya veo
 « Nacer, del Rin á la siniestra orilla,
 « Este principe ilustre cuyo nombre
 « Entre los nombres mas ilustres brilla.
 « Con la virtud, que un mundo pervertido
 « Mirará con desprecio y abandono,
 « Sacando á la justicia del olvido
 « La hará sentar sobre su excelso trono.
 « En premio de esto la bondad suprema
 « Para ceñir no solo le designa
 « La espléndida diadema
 « Que decoró las sienes de un Severo,
 « De un Augusto, de un Marco y de un Trajano,
 « Sino que el mundo entero
 « Verá en él su pastor, su soberano.
 « Y á fin de que del cielo
 « Mejor se cumpla el inmutable arcano,

« A su edad dotará la Providencia
 « De hombres sabios en paz, fuertes en guerra,
 « En la mar victoriosos y en la tierra.
 « Ya por Hernan Cortes á la obediencia
 « Del imperial monarca sometidos
 « Pueblos advierto, en tan distante zona,
 « Que á la nuestra son hoy desconocidos.
 « Ya un Próspero Colona,
 « Un marques de Pescara, y á su lado
 « De Guast advierto al jóven denodado
 « Que tan fatales en encuentros miles
 « Hará al frances los ítalos pensiles.
 « Semejante al corcel que de la meta
 « El último partiendo, á todos pasa,
 « Este Alfonso en deseos
 « De aventajar á los demas se abrasa,
 « Y de obtener laureles y trofeos.
 « Tanto valor á tal virtud unido
 « Digno le harán del mando
 « Que obtendrá de su rey habiendo apénas
 « El quinto lustro de su edad cumplido.
 « Su ejército salvando
 « Este jóven audaz, la tierra entera
 « A las leyes de Carlos sometiera.
 « Mientras de este al imperio
 « El terrestre hemisferio
 « Sometan sus valientes capitanes,
 « A su fortuna unido y á su gloria,
 « El bravo Andres de Doria
 « Hará guerra implacable
 « Al pirata opresor del mar que baña
 « Las costas de Numidia y las de España.
 « No á las de este caudillo comparable
 « Es de Pompeyo la elogiada hazaña.
 « De la nacion mas célebre del mundo,
 « Unos viles corsarios
 « Mal podian ser dignos adversarios;
 « Mientras que Doria, con sus fuerzas solas,

« De Calpe al Nilo purgará las olas.
 « Por su valor abiertas
 « Verá Carlos las puertas
 « De las ciudades todas de la Italia.
 « Igual en gloria á César, victorioso
 « En Francia, España, en África y Tesalia,
 « Rival por su valor de Antonio, Octavio
 « Y de los héroes mas ilustres, Doria,
 « Con su ambicion, agravio
 « Nunca hará al esplendor de su victoria;
 « Y ejemplo tan sublime
 « Cubrirá de vergüenza al que á su patria,
 « Que de un yugo libró, con otro oprime.
 « Libre viendo á la suya y en su gremio
 « Quieto y feliz, de su virtud en premio
 « Obtendrá Doria estados que, algun día,
 « En Italia el origen
 « Serán de la normanda monarquía.
 « Y de sus sacrificios recompensa
 « Alcanzarán, cual él, cuantos de Carlos
 « Se ocupen en la gloria ó la defensa;
 « Que, lleno de bondades,
 « Este monarca á sus vasallos fieles
 « Gozará en dar castillos y ciudades
 « Mas que en ceñir sus sienes de laureles. »
 Citando así los nombres de los héroes
 Que tantos triunfos han de dar á Carlos,
 De los vientos el ímpetu regia
 La amable maga, que ora en sofocarlos,
 Ora en darles aliento se placia.
 Del mar de Persia, en esto,
 Las olas ven, y aquellas que reciben
 El nombre de los magos. En un puerto
 Ancla el bajel, y allí, puesto á cubierto
 El héroe de la cólera de Alcina,
 Por la playa sus pasos encamina.
 Del valle al llano y á la selva espesa
 Presuroso atraviesa. Molestado

Sin cesar en su marcha por ladrones,
 Por tigres y dragones,
 Astolfo en combatir no se detiene.
 Siguiendo luego la feliz Arabia,
 Rica de mirra y de oloroso incienso,
 Region privilegiada

Que el fénix eligió por su morada,
 Entra en el mar, donde el poder inmenso
 Del gran Dios de Israel sumiera un día
 Al rey egipcio y á su hueste impía.

Luego á la patria de los héroes llega,
 Y del Troyano corre por la vega
 En el corcel que por arena ó nieve,
 Sin dejar huella tras de sí, lo guía.
 Enjuto el pié lo mismo correría
 Sobre la mar, sin que igualar pudiera
 La del viento ó del rayo su carrera.
 Argalia fué su dueño, Rabicano
 Su nombre, y, concebido
 Por la llama y el viento,
 El aura pura es su único alimento.

Sobre él corriendo el paladin britano
 Ve cual se lanza el Troyano en el Nilo,
 Y, siguiendo su orilla,
 Encuentra luego un venerable anciano
 Que viene conduciendo una barquilla.

« Hijo, » le grita, « si perder la vida
 « No quieres hoy sin gloria y sin recurso,
 « Hácia aquí tuerce sin tardar el curso.
 « Por esa orilla andando, ante tus ojos
 « Verás en breve la fatal guarida
 « Donde, en medio de sangre y de despojos,
 « Vive un gigante atroz. Allí tendida
 « Hay una red, oculta entre la yerba
 « Con arte tan proterva,
 « Que el que noticia della ántes no tenga
 « En ella es fuerza que á enredarse venga.
 « Hácia su estancia el monstruo se retira

« Luego que á alguna víctima sorprende;
 « Ni á edad ni á sexo atiende,
 « Nada temor ni compasion le inspira.
 « Al uno agora en desollar se ocupa;
 « La sangre á aqueste chupa; á aquel los sesos.
 « Devorada la carne, al campo arroja;
 « De muchos otros los pelados huesos;
 « Y de su estancia adornan las paredes
 « Los cueros de las tristes
 « Víctimas de su infamia y de sus redes.
 « Toma pues, jóven, toma este camino
 « Que sin riesgo conduce á tu destino. »

Las gracias dando al viejo
 Por su sana intencion, « vuestro consejo
 « Permitidme, » le dice, « que no siga,
 « Que á no escucharlo mi deber me obliga.
 « Con mengua de mi honor, bien sé que puedo
 « Evitar un costoso sacrificio;
 « Mas no me arredra de la muerte el miedo,
 « Y me anima el pensar que si propicio
 « El cielo santo apoya mi denuedo,
 « Un insigne servicio
 « Al orbe haré por siempre ese camino
 « Abriendo al mercader y al peregrino.
 « ¿Qué es de un hombre la muerte, si con ella
 « Se salva á mil de inevitable daño? »

— « Hijo, vé en paz, » replica el ermitaño;
 « Mi bendicion recibe, y quiera el cielo
 « Prestar apoyo á tu glorioso anhelo. »
 Fiado de su trompa en el sonido
 Mas aun que en la fuerza de su acero,
 Entre el borde del Nilo y el de un lago,
 Por la orilla del mar, sigue el sendero
 Que del monstruo conduce al antro aciago.
 De cráneos y de miembros descarnados
 Ve cubierto el umbral, y un esqueleto
 Colgado en cada almena
 Decoraba el infando parapeto.

Cual cazador de las alpinas breñas
 En las paredes de su estancia clava
 La cabeza y la piel de fiera brava
 Que mató, dando de su audacia señas;
 Así fiero el gigante, ante sus ojos
 Con placer colocaba
 De sus fuertes contrarios los despojos,
 Dejando de los otros confundidos
 Entre sangre los huesos carcomidos.

Al umbral de la puerta
 De esta mansión estabase sentado
 Caligorante, cuando á ver acierta
 Acercarse al caudillo denodado;
 Y á fe que no lo vió con desagrado,
 Pues tres meses hacia
 Que nadie atravesó por esa vía.

Al verle, corre el monstruo entre las cañas
 Que en el lago se elevan á aguardarle,
 Pensando así con sus traidoras mañas
 Cogerle por detras y aprisionarle;
 Mas su ardid esta vez no le aprovecha,
 Pues, bien que riesgo en avanzar sospecha,
 Lanzando Astolfo su corcel pujante
 El cuerno toca. Ciego, espavorido,
 A presta fuga entrégase el gigante,
 Y, sin saber adónde corre, llega
 A la red, que lo envuelve y se repliega.

A tierra salta el principe, y castigo
 Va á dar á su enemigo;
 Mas se detiene al ver que entre cadenas
 Yace este envuelto, respirando apénas.

Celoso en otro tiempo del dios Marte
 El ciclope Vulcano, con tal arte
 Esta red fabricó, que entre sus lazos
 A Vénus sorprendió de aquel en brazos.
 Al cicople esta red robó Mercurio
 Ciego de amor por Clóris, que volando
 Los pasos sigue á la luciente aurora



Astolfo hace huir á Caligorante. (T. I, p. 250.)

Cuando, el húmedo seno abandonando,
Flores derrama, y cielo y tierra dora,
Y en ella la apresó junto al paraje
Donde el río que corre por Etiopía
Corre á prestar al piélago homenaje.

En el templo de Anúbis, en Canopía,
Por treinta siglos con afán guardado
Estuvo aquel depósito sagrado,
Hasta que, con audacia sin ejemplo,
El inicuo y feroz Caligorante
Incendió la ciudad y robó el templo.
Allí encontró las redes que, escondidas
Por él luego con arte entre la arena,
Pusieron triste fin á tantas vidas.

De ellas sacando Astolfo una cadena,
Ata al monstruo malvado,
Que, cual doncella tímida, aterrado,
Se alza oyendo la voz que se lo ordena.
Perder empero de esta gran victoria
No quiere el paladin toda la gloria.
Sobre los fuertes hombros del vencido
Carga la red y de su triunfo uncido
Llevarlo al carro piensa, sus maldades
Propalando por villas y ciudades.

Dale también sus armas y su escudo;
Y, acompañado de este extraño paje,
De Méμφis, en su viaje,
Las tumbas y pirámides visita.
Luego al Cairo dirige su camino,
Llenando de contento á cuantos halla,
A cuantos cuenta la feliz batalla
Con que abrió nueva ruta al peregrino.
« ¿Cómo es posible, » cada cual decía,
« Que á un gigante tan fiero
« Haya vencido un solo caballero? »

Por mirarle de cerca el pueblo todo
En tropel acorria, y de tal modo
En derredor de Astolfo se apiñaba,